

# CONALI INFORMA

## “LITURGIA Y PARADIGMA MISIONERO”

El secularismo que se ha instalado en la sociedad contemporánea ha transformado las naciones de antigua cristiandad en auténtica tierra de misión. Hace ya bastante tiempo que hablar de misión o de evangelización no significa pensar en naciones lejanas de Oriente o del África. La misión está en nuestro propio barrio, en nuestra propia casa. Por eso es muy razonable la preocupación que manifiestan nuestros pastores, como en Aparecida, en orden a renovar el espíritu misionero de los católicos<sup>1</sup>.

Para que la misión no se convierta en una actividad vacía, es necesario pensarla teológicamente. La teología práctica, la catequesis, pero también la dogmática, están llamadas a iluminar la acción misionera de la Iglesia. Por consiguiente, es normal también que reflexionemos desde la teología litúrgica sobre la relación que existe entre la liturgia y la misión. La pregunta que nos planteamos aquí es si acaso a la liturgia le es posible contribuir en algo para responder al desafío misionero. De ser esto posible, ¿cómo podría hacerlo? Sobre esto intentaremos ofrecer algunas pistas de reflexión conscientes que no es

más que eso: poner delante algunos aspectos sobre los que seguramente una y otra vez tendremos que volver.

### Subrayando las diferencias

Tras un rápido vistazo, cualquiera advierte las diferencias que hay entre la sagrada liturgia y la misión. Son diferencias que no conviene pasar por alto. Así por ejemplo, la primera normalmente acontece en los lugares sagrados dedicados a ella. La otra en cambio, sucede en el amplio campo del mundo secular. Una se refiere a la comunidad reunida *ad intra*, y la otra responde más bien al movimiento centrífugo de la Iglesia, *ad extra*. Por si esto fuera poco, si miramos el período patrístico –paradigma para la Iglesia, según los criterios de la reforma del Vaticano II- la liturgia incluso gozaba del privilegio del arcano y ningún catecúmeno podía siquiera entrar en ella. «*Sancta sanctis*», se decía: «lo santo para los santos».

En resumen, y desde una cierta perspectiva, salta a la vista que la liturgia está concebida para los fieles y no para los que no lo son. Recién ella abrirá sus puertas a estos, cuando pidan entrar en la Iglesia en los ritos iniciales de la liturgia bautismal.

<sup>1</sup> En la conclusión: “Esta V Conferencia, recordando el mandato de ir y de hacer discípulos (cf. Mt 28,20), desea despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero. No podemos desaprovechar esta hora de gracia (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 548).

## Correspondencia mutua

A pesar de las diferencias evidentes entre ambas, la liturgia y la misión no son realidades independientes o separadas. Cuando el Concilio Vaticano II habló de la liturgia, se preocupó de ubicarla en el contexto de la vida de la Iglesia. Allí advirtió que la liturgia no agotaba toda la actividad de la Iglesia y puso de relieve que a la liturgia se llegaba después de la evangelización. Señaló lo siguiente: “para que los hombres puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión” (SC 9).

El Concilio agrega luego –en una de las afirmaciones que quizá se ha convertido en la más conocida de todo el documento sobre la liturgia- que ella es: “la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10). Con ello los padres conciliares estaban relacionando implícitamente la misión con la liturgia<sup>2</sup>, de tal manera que la labor evangelizadora se entendiese como orientada hacia ella. En otras palabras, la finalidad de la misión –según el Concilio- estaba en que quienes acogiesen el anuncio evangélico pudieran ser introducidos allí donde la Persona de Jesucristo resplandece vivo y actuante, es decir, en la liturgia de la Iglesia. Además, como la liturgia no solo es «*culmen*», sino que es «*culmen et fons*», los cristianos encontrarían en ella el impulso para una vida renovada en la caridad de Cristo y de su misión.

## Algunos mal entendidos

A pesar del acierto que supone identificar la centralidad de la liturgia señalándola

<sup>2</sup> Años después, en la exhortación *Sacramentum caritatis*, se explicita el lugar de la liturgia en la vida «y misión» de la Iglesia. Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis* (2007). El subtítulo es: “La Eucaristía como fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”.

como cumbre y fuente de la vida de la Iglesia, la expresión puede ser interpretada por debajo de lo que realmente significa. Por ejemplo, concibiéndola como el momento en que ‘sacamos la fuerza’ para lograr los frutos en la misión. Enviados desde la liturgia, a ella volveríamos ‘debilitados’, y en el mejor de los casos con los frutos de la cosecha en las manos, para recobrar nuevamente las fuerzas en ella. Dicho de otra manera, podríamos poner la misión y la evangelización en una primera etapa de una línea cronológica y la liturgia en la última, como el glorioso fin de todo un proceso. Pero eso no convence demasiado. Se trataría sólo de una yuxtaposición. Ambas realidades –liturgia y misión- no se estarían implicando mutuamente. Intentando unir, en realidad estaríamos separando.

Podríamos pensar también sin hacer justicia a los textos del concilio, que ya que la liturgia es fuente de la vida y de la misión, por lo tanto ésta debería estar exclusivamente orientada hacia la misión y subordinada a ella. Pero tampoco es así. Si queremos ser leales a la liturgia y también a la misión, la relación entre ambas no se puede entender simplemente como una relación de tipo funcional<sup>3</sup>. En realidad, en estricto sentido la liturgia no sirve para nada que no sea principalmente la realización del sacrificio de alabanza. Un ejemplo tomado de la historia nos puede ayudar a comprenderlo. La revolución ilustrada toleró muchas cosas de los cristianos, pero no pudo comprender la vida contemplativa ni la celebración de los sacramentos. Se cuenta que Kant, cuando por sus responsabilidades académicas se veía obligado a desfilar

<sup>3</sup> También desde el campo de la teología práctica se advierte la necesidad de no instrumentalizar la liturgia. Así, C. FLORISTÁN, *Teología Práctica* (Salamanca 2002), 568: “También se advierte que la celebración no es mera ocasión de evangelización, sino el mismo acto evangelizador sacramentalmente celebrado”.

junto a sus colegas hacia un acto litúrgico en la catedral, justo antes del portal se daba la vuelta –siempre con elegancia- hacia su casa. Para los racionalistas –no necesitamos decir que Kant lo era- la liturgia era perfectamente inútil. Y en cierto sentido tenían razón. La liturgia es siempre un acto de sublime gratuidad. Celebramos un don que se nos ha ofrecido gratuitamente, y que la humanidad con entera libertad hace suyo para volverlo a ofrecer. Lo dice muy hermosamente la anámnesis de la segunda plegaria de la reconciliación: “te ofrecemos lo que tú nos entregaste, el sacrificio de la reconciliación perfecta”. Cualquier cosa que la separe de ese fin, vivido en plena gratuidad, la arruina.

### ¿Evangeliza la liturgia?

¿Debemos entonces renunciar a otorgar a la sagrada liturgia algún valor evangelizador? De ninguna manera. Pero para descubrir ese valor debemos situarla en otra perspectiva. Puede ser iluminador acudir a la que es probablemente la oración más importante de todo el Misal romano. Proviene del sacramentario veronense, que en una de sus oraciones secretas se lee: “Te pedimos, Señor, que nos concedas frecuentar estos misterios: porque celebrando para ti cada vez la conmemoración de la ofrenda inmaculada, se ejerce la obra de nuestra redención” (Sacramentario veronense, 93). La oración es muy probablemente de san León Magno. Ella descansa sobre la convicción de que la celebración de la liturgia, particularmente la eucaristía, realiza la entera obra de la redención. Cada vez que participamos en ella tenemos delante de nuestros propios ojos la historia de la salvación en acto y en presente –aquí y ahora- a través del precioso repertorio simbólico de la liturgia. Y más todavía, en estricto sentido, no es que sólo lo tengamos delante de nuestros ojos, sino que los bautizados nos incorporamos a esa Obra

de salvación como Cuerpo de Cristo que somos, para ofrecernos en Él al Padre eterno en el amor del Espíritu. De allí que la *Sacrosanctum concilium* pudo enseñar que “la liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo y de su cuerpo que es la Iglesia” (SC 7).

En este entendido, si la liturgia es lo que decimos que es, ella consume el mismo impulso misionero primigenio. Si ella es la encarnación misma de la historia de la salvación *in misterio*, le da cumplimiento –en el ‘hoy’ de la celebración- a la pasión amorosa del Padre que envía a su Hijo. La liturgia ‘contiene’ la misión del Hijo en acto. Mejor dicho todavía, es «anámnesis» de toda ella. Juan Crisóstomo ilustra esa «pasión misionera» de Cristo presente en la liturgia con su reconocidísima elocuencia, poniendo en labios de Jesús las siguientes palabras<sup>4</sup>:

Por ti he sido cubierto de salivazos y golpes, me he despojado de mi gloria, he dejado a mi Padre y he venido a ti, tú que me odiabas, que huías de mí y no querías ni siquiera oír mi nombre; te he seguido, he corrido tras tus huellas para tomar posesión de ti; te he unido y ligado a mí, te he estrechado, te he abrazado. “Cómeme”, he dicho, “bébeme”. Te tengo junto a mí en el cielo y me ligo a ti en esta tierra. No me basta poseer en el cielo tus primicias, esto no sacia mi amor. He descendido nuevamente a la tierra no sólo para mezclarme entre tu gente, sino para abrazarte justamente a ti».

Nos damos cuenta así que en la celebración litúrgica está el origen de la Iglesia y de toda su actividad; es el hogar fecundo donde encontramos realizada contemporáneamente con nosotros la redención, que se efectúa como misión:

<sup>4</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Comentario a la primera Carta a Timoteo*, Homilía XV.

“había salido de Dios y a Dios volvía” (Jn 13,3). Todo puede comprenderse de otra manera si tomamos conciencia que en la liturgia entramos «vía misterio» en ese acontecimiento del Verbo eterno que sale del seno del Padre hacia el encuentro del hombre y permite que el hombre se deje encontrar y llevar hacia la gloria divina: “¿No está escrito en vuestra Ley: ‘Yo he dicho: dioses sois?’” (Jn 10,34).

Por eso la liturgia no puede no ser misionera, pero incluso si eventualmente no hablara de la misión, o si se celebrara a solas, por ejemplo, como lo hiciera un Carlos de Foucauld, en las arenas solitarias del desierto. Igual, siempre será evangelizadora. Por eso, tampoco Claudel se descubrió instantáneamente cristiano en *Notre Dame* tras un fogoso sermón sobre la urgencia de la conversión sino cuando escuchó el *Magnificat*, un humilde, y bellissimo canto de alabanza de la mejor cristiana, María, la Madre de Dios, actualizada en la celebración litúrgica no para convencer a nadie sino como ofrenda de alabanza al Padre. Porque –insisto de nuevo en la misma idea- la liturgia es Cristo mismo con rostro humano que viene del Amor fontal del Padre en misión hacia los hombres. Y son los hombres con sus rostros ya ungidos por el Espíritu que retornan a Él uniéndose a los ángeles en el trisagio de alabanza. Podemos reconocer que la liturgia es máximamente evangelizadora si tomamos conciencia que al celebrarla nos saciamos de la sed de Infinito que nos abrasa y al mismo tiempo despertamos la sed de quienes aún gimen por descubrir la condición de hijos de Dios que aún no ha sido realizada en ellos (Cf. Rm 8,18-26).

### El efecto misionero

En esta inteligencia más honda del misterio celebrado es posible descubrir en los sacramentos, especialmente en la eucaristía, el origen que le da una forma

nueva a la vida cristiana, y por lo tanto a la misión. Benedicto XVI, comentando la proposición de Jesús: “El que me come vivirá por mí” (Jn 6,57), dice: “Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio «creído» y «celebrado» contiene en sí un dinamismo que lo convierte en principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana”<sup>5</sup>. La liturgia es el principio de vida de la Iglesia, aquello que la engendra y la constituye en lo que es y en lo que hace. Su fin es la gloria de Dios, pero su efecto es la transformación de la vida, también sembrando en los que la celebran, la inquietud misionera.

En esto radica prácticamente todo el poder misionero de la sagrada liturgia. Si además de eso, que es lo sustancial, consideramos que en la celebración litúrgica se realiza el anuncio, sobre todo en la liturgia de la Palabra, es evidente que aunque ella esté dirigida principalmente a los fieles, es en sí misma máximamente misionera. Pero en lo sustancial, la liturgia será evangelizadora en la medida que sea auténtica<sup>6</sup>. Cuando no deje de ser lo que es. ¡Que no pretenda ser lo que no es! ¿Qué cosa no es? No es una sesión de catequesis, no es un adoctrinamiento moralista para alcanzar las altas cimas de la santidad. Y tampoco un taller de entrenamiento para encarar las vicisitudes misioneras. La manera que la liturgia tiene para evangelizar será simplemente, celebrando el Misterio Pascual, impidiendo que abandone la gratuidad que hace que una fiesta sea esencialmente una fiesta, y no deje de ser nunca seria y hermosa doxología.

<sup>5</sup> BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis* (Roma 2007) 70.

<sup>6</sup> “La Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: «Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera»” (cf. *Idem*, 87).

Todo lo cual no impide que el *ars celebrandi* dé a ciertos elementos de la celebración alguna expresividad a esa verdad celebrada. Últimamente –no es más que un ejemplo- se ha descubierto el potencial misionero que pueden tener los ritos finales de la celebración, concebidos como envío de los cristianos al mundo.

### ¿Qué aporta la liturgia a la misión?

La liturgia, como útero primordial de donde nacen los cristianos, los engendra como testigos del Misterio. Un antiguo profesor decía que en la Iglesia hay tres categorías de testigos: “los testigos oculares, históricos, entre los cuales la Virgen Madre ocupa un lugar privilegiado y único; los que a través del don de la vida hasta la efusión de la sangre, son equiparados a los testigos oculares (los mártires propiamente dichos); y una tercera categoría, habitualmente ignorada, constituida por los cristianos que celebran el culto y se transforman así, en el presente metahistórico de la liturgia, en testigos sacramentales de la Encarnación” (A. Grabar).

La liturgia será así fuente, en el sentido de origen permanente, de la misión. El evangelizador troquelado por la participación en la sagrada liturgia dejará de ser –si alguna vez lo fue- un reclutador de prosélitos, o un minucioso burócrata enamorado más de la hoja de ruta que de la ruta misma, como ha dicho el papa Francisco (*Evangelii Gaudium*, 82), y comenzará a ser lo que nunca puede dejar de ser si quiere ser fiel a la misión de Cristo: un testigo.

Esta consideración cambia todas las cosas. La liturgia transforma el hecho misionero –sin desnaturalizarlo- en un culto a Dios. San Pablo es un ejemplo preclaro de lo que venimos diciendo. Él no separa el culto cristiano de la vida. Tampoco lo identifica. Pero no contrapone el servicio de Dios y el

servicio a los hermanos. Tiene conciencia que el culto implica toda su vida. Lo podemos ver por ejemplo, en el uso que hace de palabras típicamente cultuales, como *latruo* o *leitourgia*. En la Carta a los romanos dice: “Porque Dios, a quien venero en mi espíritu predicando el Evangelio de su Hijo” (Rm 1,9), donde el verbo ‘venerar’ indica un acto sacerdotal de culto ofrecido a Dios. Hacia el final de la misma carta, leemos: “...os he escrito [...] en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo. Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo referente al servicio de Dios” (Rm 16,15-17). Es notable la impregnación litúrgica de la labor misionera.

Más elocuentemente aún, la historia de los primeros mártires fueron relatados con indudable sentido litúrgico. Como Ignacio de Antioquía: “Soy trigo de Dios y soy molido por los dientes de las fieras para mostrarme como pan puro de Cristo”<sup>7</sup>; o Policarpo, cuyo relato es una paralelo a la Pasión de Cristo expresado en lenguaje litúrgico: “Él, con las manos a la espalda y atado, dispuesto para el sacrificio como carnero ilustre de un gran rebaño, como holocausto grato a Dios, miró al cielo”<sup>8</sup>.

En esta perspectiva, la liturgia ofrece un servicio tal al cristiano que impedirá que la misión se convierta en acción propagandística, en una acción moralista fruto del deber ser. Y la misión también hará imposible que la liturgia se encuentre vacía de humanidad, y se separe del movimiento esencial por el cual el Hijo salió del Padre. De este modo, es posible salir de la errada visión

<sup>7</sup> IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los romanos* 4,1 (Madrid 2012) 263.

<sup>8</sup> *Martirio de san Policarpo* 14,1 (Madrid 2012) 331.

según la cual liturgia y misión estarían una al lado de la otra, o una en función de la otra. Mucho más que eso, la relación de la misión con la liturgia se revela con claridad al tomar conciencia de que esta última constituye el núcleo central de todo el cristianismo al que accedemos vía misterio.

Nuestra pastoral litúrgica alcanzará sus más fecundos logros en la medida que podamos realizar lo que pedimos en esta tan sencilla como admirable oración en las Preces de la Liturgia de las Horas: “Concedéndonos vivir más profundamente el Misterio de Cristo, para que podamos dar testimonio de Él con mayor claridad”<sup>9</sup>.

\* \* \*

Nos preguntábamos al iniciar esta reflexión sobre la relación que pudiera existir entre la liturgia y la misión. Como hemos visto, no se trata de una relación funcional o subordinada. Como fuente originaria de la vida cristiana, la liturgia es el germen permanente mediante el cual la Iglesia se constituye como tal, como ‘carne de Cristo’ en la expresión de Gregorio de Elvira, y determina su dinamismo propio en cuanto viene del Padre, se encuentra con la humanidad y vuelve a Él. Allí se encuentra su íntima relación. Cada celebración actualiza el ser misionero de la Iglesia. Esto relativiza los datos sociológicos o estadísticos como motivación fundamental de la misión y la libera del proselitismo, de la propaganda o la presión de la eficacia, y transforma la actividad misionera otorgándole una dimensión litúrgica en el plano existencial de los cristianos, cuya palabra esencial será el testimonio. Como corolario, valga este pensamiento de Corbón<sup>10</sup>:

---

<sup>9</sup> LITURGIA DE LAS HORAS, Laudes de la feria III, de la 1ª semana de Cuaresma.

<sup>10</sup> J. CORBÓN, *Liturgia fontal. Misterio-celebración-vida* (Madrid 2009) 249.

Podremos hacer todas las reflexiones de teología o de pastoral misional que queramos, pero el misterio de la misión se adueñará de nuestra vida tan solo si nuestro corazón es transformado, labrado e irrigado por la Compasión divina. Es necesario que estemos habitados por ella. La liturgia vivida comienza a vivificarnos a nivel del corazón, por la oración cada vez más continua, y desde ahí penetra nuestra naturaleza, nuestra actividad y toda relación. Cuanto más nos deifica, más nuestra vida llega a ser obra de Dios; cuando más la Comunión divina restaura nuestra relación, tanto más llegamos a ser Iglesia. La liturgia dilata así la Iglesia en espacio humano de Compasión divina. Es en este momento de madurez cuando el misterio de la liturgia, celebrada y vivida, desgarrar el corazón de la Iglesia, como el Amor ha desgarrado el del Padre y el Espíritu el de Cristo al expirar en la Cruz. Entonces la Compasión se derrama sobre el mundo, y he aquí la misión.

**Javier I. Barros, pbro.**